

ADNAN AL-SAYEGH
BANQUETE
DE AUSENCIAS

Poemas tras el exilio



BANQUETE DE AUSENCIAS

Adnan al-Sayegh

BANQUETE DE AUSENCIAS



ARS  POETICA

Adnan al-Sayegh

BANQUETE DE AUSENCIAS

Poemas tras el exilio

colección

| BEATUS ILLE |

ARS  POETICA
boutique de poesía

Banquete de ausencias
Adnan al-Sayegh

Colección: BEATUS ILLE
Dirección editorial: ILIA GALÁN

Traducción de:
Dr. Muhsin Al-Ramli
Abdul Hadi Sadoun
Raúl Jaime Gaviria
Roberto Mascaró

© 2017 Adnan al-Sayegh
© 2017 ARS POETICA

EntreAcacias, S. L.
[Sociedad editora]
c/Palacio Valdés, 3-5, 1º C
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)
Tel. administración: (+34) 985 792 892
Tel. pedidos: (+34) 984 701 911
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: agosto, 2017

ISBN (edición impresa): 978-84-947330-9-3
ISBN (edición digital): 978-84-947559-0-3
Depósito Legal: AS 02665-2017

Impreso en España
Impreso por Ulzama

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ADNAN AL-SAYEGH O LA SUTIL POESÍA QUE HUYÓ DE LA GUERRA

por Ilia Galán

Brillante y sutil, como el brillar del diamante ante el sol del ocaso, es la poesía de Adnan al-Sayegh, cuyos resplandores tenues pero agudos entran en un ambiente que se acerca a la noche, esperando las estrellas.

Después de la experiencia de la guerra y del exilio, después de criticar la opresión y defender, como poeta, la justicia con su voz de profeta, tuvo que huir del país babilonio atravesando desiertos por Jordania, hasta el país de los cedros, el Líbano, para más tarde llegar por Suecia, desde tierras heladas y vikingas, a la lluviosa Inglaterra, donde ahora reside.

Es el precio de la verdad dicha, explicada, lo que le costó una condena a muerte de la que pudo zafarse. La crítica del horror que los gobiernos imponen a los pequeños no escapa en una poesía de hermosas metáfo-

ras, de exquisitas finuras con pequeños detalles, con breves versos, clavándonos con ternura y belleza en el corazón el horror de algunas situaciones, como cuando nos cuenta del borracho:

EMBRIAGUEZ

«Se apagó
la luz del bar
pero el hombre borracho
sigue caminando
en busca de una razón
para llevarle a su hogar.»

No es la embriaguez alcohólica la que busca, sino la poética que denuncia, muestra y ataca la miseria con la fuerza de la belleza, con la sugerencia abierta a nuevas preguntas, tal vez sin respuesta. Pero eso no le impide brindar y celebrar la ausencia, dolida, de quienes faltan, llorando en un banquete de ausencias, con grave dolor:

«brindo por mis amigos
exiliados, a través de túneles,
sin patria,
tabaco,
ni pasaportes.

Brindo por ellos
copa tras copa
o cadáver tras cadáver»

Una gira con poetas de varios países del mundo por diversas ciudades de Marruecos me hizo encontrar a Adnan al-Sayegh y a sus poemas, que leía en árabe y en inglés, acompañado por la poeta Jenny Lewis, en 2015, junto con otros poetas nórdicos, vikingos, de Holanda, Francia, Egipto, etc. Adnan siempre iba vestido con traje gris oscuro y corbata impecable, elegante, como refinado emisario del Éufrates, embajador de las letras siempre sonriente y amable, suave en sus tonos y exquisitos modales.

Adnan al-Sayegh, originario de Caldea (Al-Kufa, en árabe), la capital del sur de Mesopotamia, escribe en ese árabe que aprendió desde esa patria de la célebre caligrafía cúfica, el más antiguo y viviente estilo escrito del árabe, que en esas calles se originara, a partir del antiguo sirio.

Con esas letras que escribieron las primeras versiones de *El Corán*, entre ángulos quebrados y rectas decorativas, como elegante escritura que teje la actual bandera de Irak, la patria que lo desterrara un desafortunado día, y tantos monumentos o monedas antiguas, se amamantó este hijo de las musas refinado y siempre discreto, comedido, sonriente y respetuoso.

Sus poemas breves son, a menudo, magistrales y tiernos, cantando como la infancia maravillada ante la libertad:

LIBERTAD

«Antes de dibujar la jaula
se escapó el pájaro
del cuadro.»

Pero en ese tono tierno y cuidadoso que le caracteriza, no deja de haber fuertes convicciones morales y de crítica social o política. Dentro de lo cándido, surgen los brillos de la verdad que grita en forma poética ante la opresión, como escritor con su tiempo comprometido:

CANDIDEZ

«Siempre que un dictador cae
Del trono de la historia, adornado con nuestras
[lágrimas
Mis palmas se incendian en aplauso.»

En ocasiones, esa sencillez es tremenda, como la que muestra al muerto, al caído en un asesinato, en sus sueños:

AGUJERO

«Un tiro pasajero
atravesó su dormir
y se desangró,
viciosa
— sobre la almohada —
la sangre de sus sueños derrotados.»

No es extraño que esa existencia padezca insomnio. Nervios que se fuman a sí mismos, quemándose en un vivir incierto, apaciguándose:

INSOMNIO

«Cuando ha buscado en los cajones de la noche
Y no ha encontrado ningún cigarrillo
Ha encendido una cerilla
Y ha empezado a fumarse a sí mismo,
Tranquilamente
Disfrutando, mientras desaparece poco a poco
En las nubes del humo.»

Y la profundidad de quien ha sufrido y ha mirado de cerca el cráneo desdentado de la muerte, sus huesos que miran sin ojos, nos muestra que no por mucho caminar se encuentra el destino; un fin que más que un espacio perdido en el tiempo, es el de uno mismo. Pues a donde uno ha de llegar en la vida, a través de lo exterior, también, es a la ciudad interior, al hogar verdadero donde, como decía la santa Teresa de Ávila, se halla la divinidad, en lo más profundo de cada uno:

«Ha recorrido los rincones del mundo
Pero no ha llegado
... a sí mismo.»

En esta antología, el lector hallará también poemas de amor y desamor, del dolor de los labios que abre con dulce queja el corazón:

«En la única vez
Que pensé besarte
Me han dicho tus labios:
Adiós.»

En este ámbito, el sutil erotismo árabe nunca queda excluido en esos encuentros de delicias llenos, expresados en formas de letras que han de saber leerse e interpretarse:

«Me enseñaron mis dedos el abecedario
Para leer tu cuerpo.»

Incluso en sus poemas de la lluvia, encontramos ese deleite, no el propio del sátiro (el del erotismo burdo), sino el refinado saborear sensual de la vida en general:

«La lluvia lame
tu cuerpo...
¡oh!...
¡cómo no estar celoso el amante!»

En otros casos, parece que, como en el Zaratustra de Nietzsche o en su superhombre, o tal vez mejor en la versión enseñada por Jesús de Nazaret, es capaz de convertirse en un niño, gozando de la mirada de una infancia sabia, adulta, de modo que resulta a la vez libre, tierno y ocurrente:

«Cuando el mar no me ve
me deja su dirección:

el azul claro de tus ojos
... y me deja.»

E incluso así, con sencillez tierna y suave, surge la crítica del mal, casi con aroma de rosas:

«Las espinas ven
con alegría
la flor cortada marchitándose.»

La conciencia de la futura decadencia, física, de los seres, de un pasar en la vida que acaba con nuestra derrota, no está excluida en Adnan, un poeta que —no lo olvidemos— escapa dolido y «cojeando» de las garras de la guerra. Los vencedores también perderán:

«Por la piel del caballo vencedor
corre el sudor de los días de derrota.»

Pero es un galope de caballo por el desierto de los días lo que le lleva a plantearse el futuro, mientras también llora a las naciones que siempre viven en pie de guerra, con la herida experimentada en su propio cuerpo de haber vivido el horror exudado de las batallas, del odio transmutado por el estado en honores imaginados por otros, ordenados para ir al combate, al caos, por el padre de las mentiras y las perversiones.

Era conmovedor verle recitar en árabe «El canto de Uruk», traducido por Jenny Lewis, en aquellas imágenes que mis recuerdos me traen de su figura recorriendo las tierras de África, donde los hablantes de la len-

gua de Mahoma podían comprender el sentido de sus frases. Su canto era en ocasiones, con suaves tonos emitido en una queda voz, simplemente con su delicada acentuación, un trágico llanto, llevado adelante como el caballero que lleva envainada su espada, expulsado de las tierras que amó y ama, exiliado en tierras de climas, lenguas y pensamientos extraños para quien lleva su dolor debajo de un escudo forjado con sus resistencias:

«Y te fuiste solo a tu exilio
Cantando, frustrado, al viento como una extra-
ña flauta,
Adiós patria mía a la que no veré.»

Duele ese final, esa patria que no ha de volver a ver.
Mas persiste en buscar en el mundo una mirada amable, aunque sea en:

«Una nube de pegamento

Yo proclamo: Mañana
Estiraré el espacioso día,
Sombreado por nubes en vez de aviones,
Buscaré en medio de las bombas y el lodo»

Cabalgando de un verso a otro verso, por los cielos, buscando la flor no quebrada por la metralla, habitando en la imaginación, refugio de su daño, tal y como dicen, en el mismo poema, azotados con el deseo de lo bello, unos versos más adelante, siempre adelante:

«Oh tú, patria última
Todo lo que tenemos
Es un país como nuestros sueños
Y un deseo aniquilante.»

Y la esperanza curará, aunque esté el poeta hecho pedazos por tanto dolor, como poco después cantan sus versos, desgarrándose:

«Con la aguja de la esperanza, remendaré
La camisa de mi juventud, rasgada en el corazón
Sólo para ser desgarrada de nuevo por disparos

Mañana — cuando la guerra cese a la fuerza —
¿Quién recogerá los fragmentos?
¿Quién resarcirá a la viuda de la guerra su floreciente lozanía?

(...)

Y comparo las ramas de la primavera
A las ramas de la bomba.»

Esa primavera estalla entre las letras como belleza anhelada, recreada, en medio de todos los males. No en vano, otro título le sigue, designándole como si de un resucitado se tratase:

Emergí de la Guerra Inadvertidamente

(...)

«El sangriento Éufrates

Se escurrirá entre tus dedos
cuando escribas
«todo lo que escriben los poetas es en vano»
.....
Me he hecho viejo antes de mi tiempo»

Escribe sobre la vanidad de la escritura, pero, al final, como una barcaza guiada por la esperanza, sigue navegando sobre el río de las sangres vertidas, como un anciano sabio, envejecido por los dolores, mas con ojos de niño.

«En mis labios hay un árbol marchito, y el
[Éufrates, que pasaba,
No extinguió mi sed; tras de mí está el ladrido»

Y es que su árbol, aunque marchito, sigue creciendo, sin rendirse:

«yo eludo mi muerte entre las balas y los mártires;
soy un poeta cuya vida
ha sido tragada por las palabras, ¿por eso he de
organizar estas letras y
lanzar una sentencia sin dejar que mi corazón
resbale — confundido —
desde mi lengua y explote una mina anti-
persona? Yo corro, corro, y mi corazón
sale hacia mi país — ¿dónde habrá de enterrar a
sus hijos?»

Escapar a la muerte y ser engullido por las palabras, pero luego, recrearlas y con su pecho lanzarlas, en el triste lamento que llora sobre la familia que perdió sus horizontes amados. Mas se sacude los proyectiles como si fuesen mosquitos, para seguir cantando y convertir las espinas del dolor en flores que brotan en su garganta:

«La tierra
es más pequeña que las lágrimas de mi madre;
desde la piel de mi niño,
sacudo las balas y él las recoge en la vasija de
harina; el viento pasa
sobre las cuerdas de mi corazón y resuena la
tristeza sobre las praderas;
mariposas pasan sobre nuestras heridas y luego
vuelan hacia las flores;
oh árboles, cuyas ramas nos han enseñado a
hacer retoñar las ramas de nuestro dolor»

No es Adnan, sin embargo, un poeta triste o desesperado, sino que su bondadosa mirada vuela, buscando siempre el brote en la orilla sangrienta de los matorrales donde florecen, nuevas, las bellezas:

«una bandada de grullas se apresura hacia la
primavera de mi alma;»

Y el amor renace, dando sentido a su perdido universo:

«cómo mi corazón se arrastraba inconscientemente hacia tu pecho».

Sin duda alguna, Adnan al-Sayegh es un poeta hondo y de largos alcances, que no necesita de artificios para que sus poemas penetren las profundidades de los corazones, porque él escribe desde lo más íntimo de su alma, sin necesidad, como otros, de juegos fatuos, de superficies anodinas:

«Los poetas de talla corta
A menudo ponen a sus poemas
Tacones altos.»

Los versos no son en él accidentes, sino esencia, y así lo proclama:

«Poesía...
De dónde pido prestados días buenos
¡Ay, poesía!
Has corrompido mi vida totalmente.»

Afortunadamente, la corrupción de la belleza, gracias a estas páginas, también ha llegado a nosotros.

Poemas escogidos de
Adnan al-Sayegh

LIBERTAD

Antes de dibujar la jaula
se escapó el pájaro
del cuadro.

CANDIDEZ

Siempre que un dictador cae
Del trono de la historia, adornado con nuestras
[lágrimas
Mis palmas se incendian en aplauso.
Pero tan pronto retorno a casa
Y enciendo la televisión,
Otro dictador es vomitado
De las bocas de las multitudes, inflamado por pitos
y vítores
...Ahogándose en risas ante mi candidez,
Mis ojos se queman de lágrimas.

AGAMENÓN

Del polvo de la batalla,
vuelve
con el corazón herido
y dos brazos de tambores y oro.
Soñando con los dulces labios de Clytemnestra
que entonces, se derretían
noche tras otra,
en los labios de su amante Aiguitus.

Cuando abrió la puerta
vio en sus viscosos labios
miles de cadáveres que abandonó atrás
en el campo de la batalla,
y se acordó que había olvidado
dejar su cadáver allí.

EMBRIAGUEZ

Se apagó
la luz del bar
pero el hombre borracho
sigue caminando
en busca de una razón
para llevarle a su hogar.

AGUJERO

Un tiro pasajero
atravesó su dormir
y se desangró,
 viciosa
– sobre la almohada –
la sangre de sus sueños derrotados.

DERROTAS

Así nos separamos
las calles son mías
los jardines...
el vino,
el mar
el jazmín
...y este horizonte
¿ qué tienes tú?

Las estrellas son las cataratas de mis lágrimas,
sobre las páginas de la duermevela
entonces, ¿dónde trasnocharás?

Las ventanas son mías,
¿dónde soñarás?
Pues,
¿qué pierdo yo, ahora,
Si me abandonarás?

PETRA

Escucho los golpes de sus picos
Que cavan la historia
Con dedos de piedra y piel
Que han salado los látigos.
Escucho,
Largos gemidos
Que me atan al ombligo de la tierra.

EL MAR MUERTO

Se encontró a sí mismo flotando
Sobre el azul, del Mar Muerto
Con una bomba estropeada.
Lentamente,
Su tristeza se derrite
En el fondo pringoso.
Mientras sus ojos
Están colgados allí,
Como dos pájaros heridos
Encima de las alambradas.